

## DEBATE

### *¿De grandes esperanzas?*

#### ¿EL FUTURO ES EL MESTIZAJE?\*

Antonio García-Santesmases

UNED

Sólo con autoironía se puede hablar de *grandes esperanzas* dice en su obra J.R. Capella. En un mundo presidido por la desigualdad internacional, por el paro, por el deterioro medioambiental, por el malestar político ¿cabe introducir principios?, ¿no es acaso preferible dejar las cosas como están? El sentido de este libro hay que enmarcarlo en una obra más amplia del autor y en la problemática que hoy acucia a la izquierda española (no me atrevo a decir que a la izquierda europea y mucho menos a la izquierda a nivel internacional, pero es evidente que muchas de las reflexiones que se encuentran en su obra podrían ser de interés más allá de nuestras fronteras y en especial para nuestros amigos mexicanos que editan con nosotros esta revista de filosofía política).

Capella es discípulo de Manuel Sacristán y representa muy bien con Francisco Fernández Buey y con Víctor Ríos (hoy coordinador de Izquierda Unida en España) la sensibilidad ética y política de una de las tradiciones más importantes del marxismo español. Sacristán, bien conocido en México, fue un crítico de izquierda del eurocomunismo y un iniciador del diálogo entre el marxismo y los nuevos mo-

vimientos sociales, especialmente el movimiento por la paz, el movimiento ecologista y el movimiento feminista. La revista *Mientras Tanto* ha significado en este sentido, desde el año 1979, un esfuerzo por revitalizar la tradición marxista con la aportación de la problemática medioambiental, con la preocupación por los problemas de la guerra y de la paz y con el esfuerzo por feminizar la política. Recuerdo cómo al presentar la revista *Mientras Tanto* en Madrid en el año 1979 ya se había producido un distanciamiento con la crítica interna al comunismo español y una apertura al trabajo de movimientos no estrictamente políticos. Después vendría la debacle del PCE, el triunfo electoral del PSOE y los esfuerzos por construir una izquierda de nuevo tipo: Izquierda Unida. El libro de Capella es extraordinariamente interesante para seguir esta evolución. Comienza justamente con la victoria del PSOE y concluye cuando ha concluido el ciclo del partido socialista en el gobierno.

Capella nunca esperó mucho de la tarea de los socialistas en el gobierno pero piensa que se ha ido mucho más allá de lo imaginable en temas como el GAL. El fracaso del PSOE es, sin embargo, coetáneo al de la

---

\* Comentario sobre el libro de Juan Ramón Capella, *Grandes esperanzas*, Trotta, Madrid, 1996.

socialdemocracia europea, incapaz de impulsar un proyecto social diferente al neoliberal. Este fiasco de un partido que lleva en su nombre el del ideal socialista no debe implicar el fracaso de la izquierda social, ya que ésta nunca ha estado en el gobierno. Señalemos pues de entrada dos temas que deberemos analizar con más cuidado: el balance de la experiencia del PSOE en el gobierno y la existencia de una izquierda social diferente a los socialistas.

El análisis *político* de Capella no se basa en el puro mercado electoral ni en los acontecimientos inmediatos. Capella trata de ahondar en los parámetros que enmarcan la acción política cotidiana para profundizar en eso que estando cerca de la política va más allá de la política o se queda más acá, eso a lo que denominamos parapolítico, metapolítico, prepolítico. Entiendo que Capella sitúa esa perspectiva cerca de lo moral, de los valores, de la ética, de la cultura.

Al hablar de los parámetros que enmarcan la actividad política es especialmente interesante su análisis de la constitución expresa y la constitución tácita, y su crítica a los mores que impone la transición política en España. El temor a la ingobernabilidad provocó que el constituyente español favoreciese mecanismos de reforzamiento del poder ejecutivo en detrimento del legislativo y fortaleciera los aparatos de los partidos. El sistema de listas cerradas y bloqueadas, la financiación de los partidos, un sistema electoral que favorece claramente a los partidos nacionalistas en perjuicio de Izquierda Unida y la moción de censura constructiva van configurando un modelo que hace muy difícil la pervivencia de opciones minoritarias. El sistema parece estar diseñado para grandes partidos que, a modo de formidables máquinas electorales, se financian con fondos públicos, y se componen de militantes que suelen ser cargos remunerados y para

los cuales la ideología es un mero envoltorio. Capella frente a este modelo del partido que atrapa votos de distintos sectores, que se dirige a todas las clases sociales, que está constituido por cuadros remunerados y que ha abandonado cualquier identidad, apuesta por una izquierda que combine lo rojo con lo verde y con lo violeta y que se funde en activistas voluntarios para los cuales la política no sea un mecanismo de remuneración. Por decirlo con Weber, que vivan más para la política que de la política.

El análisis de Capella nos permite profundizar en dos cuestiones de vital importancia para el futuro de la izquierda. ¿Es la americanización un viento tan potente que ha acabado por arrumbar la identidad de la socialdemocracia europea?, ¿es posible combinar la tradición de los viejos partidos comunistas y la aportación de nuevos movimientos sociales?

En relación a la primera cuestión el libro de Capella tiene aciertos indudables y carencias indiscutibles. Tiene aciertos porque su percepción de los límites que han condicionado el proceso de transición política en España y su fino análisis de los condicionamientos que genera el mercado electoral, el poder mediático, la profesionalización y la financiación de los partidos ayudan a comprender muchas de las causas del actual malestar ante las democracias realmente existentes. No estaría ya tan de acuerdo, sin embargo, en la rapidez con la que se despacha la tradición socialdemócrata. La gran diferencia entre el modelo europeo y el modelo norteamericano se cifra en que en el modelo europeo los partidos de clase han sido históricamente partidos de masa con una fuerte implicación entre lo sindical y lo político. Hemos tenido un movimiento obrero con una clara conciencia política emparentada con los valores de la tradición socialista. Nada de esto ha ocurrido en Norte-

américa. Los partidos allí sí han sido desde siempre máquinas electorales y los sindicatos organizaciones corporativas. El sindicalismo de clase ha tenido, por el contrario, una gran importancia en Europa y en España. Cuando Capella escribe en el 82, no podía imaginar una ruptura como la producida en la familia socialista entre partido y sindicato. No lo podía imaginar Capella ni lo podía imaginar nadie y, sin embargo, esa ruptura se produjo. Yo no encuentro que a la hora de hacer balance de la experiencia socialista Capella sea capaz de percibir la relevancia de esa ruptura. Si hubiera profundizado en este punto quizás el modelo no hubiera encajado tan fácilmente con la *americanización* que nos amenaza pero hubiera sido más riguroso con las paradojas de la socialdemocracia.

Es igualmente esquemático caracterizar la política realizada como una política neoliberal. Si por tal entendemos una política que fía toda la producción en manos privadas es evidente que poco se ha hecho por fomentar un sector público empresarial. Si entendemos por neoliberalismo una construcción europea que pospone *sine die* la armonización fiscal y que no acompaña a las medidas económico-monetarias con decisiones en el campo político-democrático también debemos coincidir. Ahora bien si por neoliberalismo debemos entender una política de desmantelamiento del Estado del bienestar, de privatización de los servicios, de ampliación del área del mercado en el campo de los bienes públicos hay que decir que la universalización de la sanidad, de las pensiones y de la educación es lo que le ha dado millones de votos al partido socialista. Los neoliberales de verdad piensan que esa gran bolsa electoral es la que provoca que el Partido Popular no se atreva a acabar con las pensiones no contributivas y con el Plan de empleo rural por-

que sabe que ahí se ganan las elecciones. El neoliberal auténtico piensa que los políticos no son capaces de hacer lo que hay que hacer (recortar decisivamente las prestaciones sociales) porque están atados por las campañas electorales. La economía está enferma porque los políticos dependen de los votantes. La apreciación neoliberal es interesadamente apocalíptica para crear un clima que facilite el recorte de las prestaciones y la abolición de las garantías. Si su percepción es interesada no deberíamos nosotros caer en la exageración contraria: hay una crisis fuerte de elementos centrales de la socialdemocracia (keynesianismo, economía mixta, pleno empleo, poder sindical), pero elementos centrales del Estado del bienestar se siguen manteniendo en la cultura política europea y española.

No son, sin embargo, los aciertos y las carencias del análisis de Capella acerca de la socialdemocracia lo más importante de esta obra. El mayor interés está en los avatares de esa izquierda social que no ha estado en el gobierno y, como es natural, no se siente ni responsable, ni identificada, ni reconocida en los errores y en los aciertos, en las carencias y en los logros de los 14 años de gobierno del PSOE. Existía efectivamente otra izquierda que consiguió únicamente cuatro diputados en 1982 pero que comenzó a planear su recuperación a partir de las movilizaciones contra la OTAN, de los primeros conflictos sindicales y de la apertura a los nuevos movimientos sociales. Para esta izquierda un asunto especialmente relevante era saber qué hacer con el Partido Comunista. El Partido Comunista había obtenido únicamente cuatro diputados y no se volvió a presentar nunca a unas elecciones legislativas. Ante las urnas comparecía Izquierda Unida que para unos era una coalición electoral y para otros un movimiento sociopolítico. El Partido Comunista no com-

parecía ante las urnas pero tampoco se disolvía. Esta situación atípica alcanzó el máximo de la confusión a partir de 1989 con la caída del muro de Berlín y con la desaparición del comunismo. La revista *Mienras Tanto* había hablado ya en 1985 que quizás para renovar la izquierda era preferible mirar a Alemania y no a Italia, y uno de sus más lúcidos analistas ha escrito un magnífico libro acerca de la experiencia de los Verdes en Alemania (me refiero a J. Riechman). ¿Cuál debía ser el destino de Izquierda Unida?, ¿convertirse en un partido socialista auténtico (al modo del PSU de Rocard, o del PSIUP de Basso)?, ¿formar un partido ecosocialista al modo de los Verdes?, ¿ser una coalición de partidos con predominio del Partido Comunista?, ¿ser un movimiento sociopolítico de perfiles libertarios?

Todas estas posibilidades se han ido barajando porque todas ellas coincidían en rechazar la política del PSOE. Una cosa, sin embargo, es coincidir en el rechazo y otra muy distinta ser capaz de diseñar un modelo nuevo. Una parte de los militantes del Partido Comunista optaron por integrarse en el PSOE (algunos muy significativos como Enrique Curiel, Jordi Solé Tura o Julián Ariza). Otros puede que sigan ese camino en el futuro (toda la prensa está llena de especulaciones acerca del futuro del recién constituido Partido Democrático de la Nueva Izquierda). También se ha producido un integración de antiguos militantes del PSOE en Izquierda Unida (Pablo Castellano, Francisco Bustelo, Juan Francisco Martín Seco, Alonso Puerta). Todo esto refleja que hay un sector de comunistas que ya no ven que tenga sentido mantener esa identidad tras la caída del comunismo y un conjunto de socialistas que creen que el PSOE ha derivado hacia el neoliberalismo y hay que construir un izquierda diferente.

Es labor del intelectual no quedarse en

la pura descripción de los hechos. Capella es un intelectual preclaro y conoce todo esto perfectamente. No se sorprenderá, por ello, porque, al igual que hice en la presentación pública de su libro, considere que es más claro lo que niega que lo que afirma. Se niega la *americanización* y se postula una izquierda diferente. Si ésta estuviera constituida únicamente por una preocupación medioambiental, por una defensa de los valores solidarios, por un rechazo moral de la injusticia y de la explotación, por un sentimiento internacionalista que trascienda las fronteras, por una forma de hacer política con un pie en las instituciones y otro en el movimiento social estaríamos cerca de una izquierda tipo libertario. ¿Qué tiene todo eso que ver con lo que han sido los partidos comunistas? Aquí es donde se encuentra el problema. Uno puede defender la existencia de principios que informen el orden social y debe procurar mantener una identidad que no quede arrumbada por los acontecimientos. Los partidos comunistas pretendían históricamente mucho más. Los partidos comunistas nacen de la experiencia de la revolución de octubre y de la bancarrota de la II Internacional y se constituyen con unas tesis muy precisas acerca del partido de vanguardia, de la vía insurreccional, de la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria, acerca igualmente de la necesidad de constituir el partido de la revolución mundial con sede en Moscú y con secciones en los distintos países.

Esa era la tradición de la III Internacional. Hoy ya no existe la Unión Soviética, ni el pacto de Varsovia, ni el movimiento comunista internacional. ¿Qué entender entonces por comunismo? Capella subraya que se puede entender por comunismo el objetivo último de una sociedad sin clases, donde se habría extinguido el Estado y donde se produciría una reconciliación

del hombre con la naturaleza. Ese objetivo último remite a una concepción milenarista, metafísica, acientífica, acrítica, religiosa que Capella acertadamente rechaza. Se puede entender en segundo lugar el nombre de los sistemas sociopolíticos que imperaban en los países del Este. Capella critica muy acertadamente el régimen de estos países subrayando su alejamiento de los postulados de Marx y de las predicciones que el propio Lenin tenía antes de la revolución. La erección de una nueva clase que acalla toda crítica por métodos burocráticos o policiales está muy alejada de la democracia en la que había soñado Lenin en *El Estado y la revolución*.

Coincido plenamente en refutar el *objetivo último* como un concepto ilusorio que nos hace abandonarnos a la metafísica y coincido también en criticar la distancia abismal entre el ideal emancipatorio y la realización de los países del Este. El problema es que si refutamos el *objetivo último* y su realización práctica, el comunismo como ideal sólo puede quedar reducido a un recuerdo a las víctimas que murieron a manos del estalinismo (Trotsky, Andreu Nin, Bujarin) y a un reconocimiento a la labor en muchas ocasiones heroica de tantos militantes comunistas ante el fascismo, el imperialismo, el racismo y otros muchos males de la historia terrible del siglo xx.

Ese reconocimiento y ese recuerdo para ser veraz exigiría una autocrítica muy dura del estalinismo y un esfuerzo por refundar un comunismo *auténtico* que perviva en el futuro a pesar del fracaso del comunismo real. De nuevo el problema, sin embargo, no se resuelve: ¿cuál es el auténtico?

Capella parece optar por otro camino. Entendamos por comunismo un ideal moral que pudieron compartir Marx y Bakunin, Gandhi y Jesús de Nazaret y provoquemos un mestizaje de tradiciones intentando unir a todos aquellos que luchan moralmente contra la injusticia, la explotación y la opresión. No nos preocupemos tanto por lo que nos divide y procuremos subrayar lo que nos une para desde un mundo prepolítico ir consiguiendo una nueva práctica de la política y una nueva identidad moral. Es un camino posible y desde luego los problemas de este fin de siglo dan para que muchos pequeños grupos traten de ir enfrentándose a la riqueza, al consumismo, a la degradación política, y a la desigualdad desde distintos lugares y desde distintas tradiciones. El mestizaje puede ser un camino atractivo en este mundo multicultural pero no sé si logrará satisfacer a los viejos o nuevos militantes comunistas. Para unos puede significar el mantenimiento de una tradición que no ha sido capaz de hacer un ajuste de cuentas razonable con su pasado. Para otros, difuminarse con otros tan distintos, puede provocar confusión y desconcierto. Si el futuro es el mestizaje, ¿tiene sentido seguir manteniendo un partido?

En fin, el tema es apasionante para todo aquel que quiera entender algo de lo que le ocurre a la otra izquierda (la que no estuvo en el gobierno) en estos momentos. No estuvo en el gobierno pero sí se vinculaba a una tradición que hoy ha sido arrumbada. ¿Podrá pervivir el sentido moral que la inspiraba en el mestizaje que Capella propone?